

## Nueva autobiografía del P. Guillermo de Ugar, Capuchino

El P. Guillermo de Ugar, capuchino navarro, fue un excelente religioso, un celoso misionero y un ardiente patriota. Durante la exclaustración, buscó en cuatro ocasiones diferentes refugio seguro entre los capuchinos belgas.

Su biografía fue algún tanto conocida, cuando el P. Ildefonso de Cíaúrriz publicó en 1926 *Capuchinos Ilustres de la Antigua provincia de Navarra*, donde relata algunos episodios, valiéndose en parte de los *Apuntes acerca de la Vida del R. P. Guillermo de Ugar* aparecidos en el Mensajero Seráfico, t. II, 1884-1885.

La nueva Autobiografía que presentamos a los lectores de «Príncipe de Viana», la encontró hace algunos años el P. Hildebrand en los Archivos capuchinos belgas de Amberes; está redactada en francés y su escritura sin ser bella es bastante legible. Es diferente de la publicada por el P. Ildefonso que omite detalles curiosos de la infancia del P. Ugar.

La división del texto y los epígrafes de los títulos son del P. Hildebrand, así como algunas notas explicativas al pie de las páginas, a las que hemos añadido algunas nuestras <sup>1</sup>.



### I. INFANCIA

«Siempre me enseñaron en el Noviciado, que para ser un buen religioso, hay que obedecer no solamente los mandatos de los superiores, sino sus más ligeras insinuaciones. Estas máximas santas me han sido muy provechosas a lo largo de mi vida religiosa, y a pesar de una vida tibia jamás se borraron de mi alma<sup>2</sup>. Por esto comienzo a escribir algunas noticias de

<sup>1</sup> Agradecemos grandemente al R. P. Jerónimo Prunieres, Director de Etudes Franciscaines su generosa autorización para traducir esta hermosa Autobiografía.

<sup>2</sup> La humildad le lleva al P. Ugar a ponderar su vida tibia, cuando sus compañeros aseguran todo lo contrario.

mi triste vida tan sobrada de miserias y de tristeza; lo hago únicamente por complacer a mi provincial, el M. R. P. Celestino<sup>3</sup> de Wervick.

Comienzo, pues, por mi nacimiento. Nací en España<sup>4</sup>, en un lugarejo llamado Ugar<sup>4 bis</sup>, en Navarra, diócesis de Pamplona, a dos leguas de la ciudad de Estella. Mi padre se llamaba Juan Rafael Goicoechea y mi madre Agustina Izcue, buenos cristianos entrambos. Desde mi infancia fui muy obediente a mis padres. Debo sin embargo manifestar que en tres ocasiones les proporcioné un gran disgusto.

La primera, a los nueve o diez años. Un día, con un compañero de escuela de la misma edad, tramé el plan de ir a Estella para alistarme contra los franceses. Habían, efectivamente, invadido injustamente España, y damnificaban notablemente a la Iglesia por donde pasaban. Nosotros nos dijimos: «Es verdad que somos todavía jóvenes para manejar una pequeña carabina, pero al menos podremos aprender a tocar la trompeta o la corneta, y esto no es poco. Hay que ir contra los franceses».

Esta determinación la tomamos por la mañana. Después de comer, en vez de ir a la escuela, nos dirigimos a Estella. Nunca habíamos estado en ella, y no conocíamos el camino. Apenas habíamos entrado en ella, comenzamos a temblar; nos parecía que todo el mundo sabía que nos habíamos escapado de casa, y que nos encerrarían en un calabozo. Atormentados por este temor, nos encontramos con unas mujeres, una de las cuales dijo a sus compañeras: «Seguramente que estos muchachitos vienen a alistarse contra los franceses». Esto bastó para llenarnos de espanto tal, que desandamos prestamente el camino. Pero esto no era todo. Se trataba de presentarnos en casa de nuestros padres, que ignoraban dónde estábamos; Nuestra escapatoria había alarmado al pueblo. ¿Qué hacer? La noche se acercaba, y no habíamos comido nada! Nos separamos para entrar cada uno en su casa! Sin saludar a mis padres, subí a la habitación y me acosté. ¿No debía esperar algún severo castigo de mi padre? Contra costumbre y sin duda para no espantarme, no me dijo nada; me reservaba, para más tarde, un castigo que me fue muy sensible. Tenía un amigo oficial y le contó mi aventura, rogándole que me riñera en lugar suyo. Algunos días después de mi hazaña, este amigo me llevó a una habitación, y habiéndose sentado, me ordenó ponerme de rodillas. Enseguida me reprendió tan ásperamente que yo temblaba al oír sus palabras. Entre otras cosas, me amenazó, si volvía a las andadas, de arrastrarme atado a la cola de su caballo.

3 El P. Celestino fue Provincial de la provincia Holanda-Bélgica de 1867-1870 en la última permanencia del P. Ugar en Bélgica.

4 P. CIÁURRIZ, p. 410; el 10 de enero de 1800.

4 bis Valle de Yerri. N. T.

Esta amenaza me fue tan saludable que borró en mí el deseo de alisarme otra vez.

Paso a contar otra falta de mi infancia que dio que sentir mucho a mis padres.

España estaba entonces en guerra con los franceses. No veíamos en nuestro derredor sino soldados, y no oíamos hablar más que de combates. Los niños, que imitan desde luego cuanto ven y entienden, se organizaban militarmente en todos los pueblos. Pasaban los domingos en el ejercicio de las armas, con sables, espadas y bayonetas de madera. Esto también tenía lugar en mi pueblo y yo era el jefe.

Un domingo, después de vísperas, dije a mis soldados: «Marchemos al pueblo más próximo! Tomemos las armas!». Nos pusimos en camino. A nuestra llegada, los muchachos de 12 a 16 años nos recibieron muy bien; pero bien pronto observé que uno tras otro iban misteriosamente desapareciendo. Esta retirada me hizo sospechar que algún golpe de mano se tramaba contra nosotros. Temiendo por mis compañeros, les invité a retirarse y salimos del pueblo.

Al acercarnos al nuestro, cual fue nuestro espanto al ver un gran número de muchachos, mayores que nosotros, que intentaban cortarnos la retirada. Nuestros compaisanos ignoraban de qué se trataba. Lo comprendieron bien pronto al vernos huir perseguidos por nuestros enemigos. Gracias a Dios pudimos salvarnos, de lo contrario nos habrían aplastado.

Al aproximarme al pueblo, vi a mi padre en un sitio por donde forzosamente tenía que pasar. Comencé a temblar no sin motivo, porque cuando estuve al alcance de su brazo, sin decir una palabra, se apoderó de mi débil persona, me aprisionó entre sus piernas, me soltó los pantalones, me levantó la camisa y me proporcionó, lo que nosotros llamamos, una gran *zurra*, esto es una azotaina en regla! La acepté sin quejarme; la había bien merecido. Así acabó esta famosa campaña.

Ved ahora el tercer disgusto, bien serio que ocasioné a mis pobres padres. Esta vez estuve a punto de morir miserablemente. Ved cómo:

Un día, víspera de la fiesta de San Antonio de Padua, fui con algunos compañeros a bañarme en un río<sup>5</sup>. No era muy ancho, pero en medio de la corriente había un remolino muy peligroso. Yo no sabía nadar; los otros no mucho a excepción de uno más joven que yo. Yo cometí la imprudencia de acercarme al remolino. ¡Ay! enseguida me sentí atrapado por la fuerza

<sup>5</sup> Es el río Ubagua que nace en término de Riezu y que al juntarse con el Salado, forma el Pantano de Allóz. NT.

del agua que me arrastraba hacia el fondo. Hice esfuerzos para retirarme, pero sin lograrlo. Yo me hundía en el agua...

¿Cómo pude salir de este peligro? No lo sé. Mis compañeros, testigos de esta tragedia, me contaron que yo al ser engullido por el agua, hice esfuerzos desesperados para salir de ella. Veían que mis manos salían de cuando en cuando del agua, como demandando socorro. Estos compañeros que me querían mucho, exhortaban al jovencito que sabía nadar, a entrar en el río para salvarme, pero el pequeño no se atrevía, temeroso de ahogarnos los dos, y tenía razón. A los gritos de alarma de mis buenos condiscípulos, un pobre hombre que trabajaba muy cerca, acudió prestamente y arrancando una rama de no sé que árbol la lanzó hacia mí. Y por la misericordia de Dios, esa mezquina rama cayó en mis manos. A su contacto volví en mí. La agarré fuertemente, y entonces el muchachito que sabía nadar se lanzó al agua y tomando el otro cabo de la rama me separó del peligro!

Estos son los principales rasgos de mi infancia. En lo tocante a mi vida religiosa, debo decir ante todo que comencé mis estudios sin decidirme por una carrera ni por una profesión determinada. Mi padre que era terrateniente, no quería que yo me ausentase. Fue preciso la intervención de mi piadosa madre. Sin duda pensaba que más tarde tendría en casa un sacerdote secular. Pero yo no soñaba con ser sacerdote secular. Obtuve el consentimiento de mi padre. Comencé los estudios, como lo he insinuado antes, sin una vocación determinada. Es el buen Dios que me iluminó más tarde de una manera rara, hablando naturalmente. Un día, vi pasar a un hombre que marchaba muy modestamente, vestido con un sayal oscuro, la cabeza rapada y los pies descalzos. Era un pobre capuchino. Era la primera vez que me encontraba con él; no conocía ninguna otra Orden religiosa. Después de la caída de Napoleón, los religiosos apenas si comenzaban a restaurarse en España.

Los modales tan modestos, tan ejemplares de este buen Padre, que se llamaba Fr. Prudencio de Pamplona<sup>6</sup> me conmovieron de tal manera que la gracia comenzó a actuar en mi alma. Este es el origen de mi vocación al estado religioso.

## II. VIDA RELIGIOSA

Dios por un rasgo de su misericordia infinita me apartó del mundo, en donde yo me hubiera perdido irremisiblemente, porque mi alma y mi cuerpo corrían a su perdición; verdaderamente este Dios bondadoso que me ha

<sup>6</sup> El P. Prudencio de Pamplona (Prudencio Francisco Ilarregui) entró en la Orden el 8 de diciembre de 1796. En 1827 guardian de Rentería. Murió en 1836. NT.

creado y rescatado, ha manifestado anticipadamente su misericordia al salvarme de una manera tan especial, al llamarme al estado religioso entre los capuchinos.

El 13 de diciembre de 1817 recibí el hábito en el convento de noviciado de la villa de Cintruénigo, profesando el 14 de diciembre del siguiente año. Meses después fui enviado al convento de Pamplona para estudiar la filosofía y la teología.

En 1820 estalló la revolución en España, llamada la revolución de la Constitución. En este tiempo funesto, las Cortes de Madrid iniciaron la persecución rabiosa y furiosamente contra las Ordenes religiosas.

El convento de Pamplona fue suprimido, al igual de los de Vera y Tudela. El gobernador civil ordenó al R. P. Guardián: «Todos los religiosos de la Comunidad y Ud. mismo deberán presentarse lo antes posible para recibir los pasaportes». Debían dirigirse a los conventos de la Navarra central. Provisto de mis papeles, engañé al soberbio gobernador, pues en vez de encaminarme a Cintruénigo, tomé otra dirección.

Convencido y muy convencido de que todos los demás conventos serían muy pronto suprimidos y que consecuentemente los religiosos se verían obligados a abandonar el hábito religioso, me resolví a dejar España y refugiarme en algún convento de Italia con la idea única de poder conservar mi santo hábito.

Nos hallábamos en plena revolución. Los PP. Provinciales no podían ejercer públicamente su autoridad sobre sus súbditos. Fue, pues, el R. P. Guardián quien me dio su bendición para poner en práctica mi designio.

Abandoné, pues, mi convento de Pamplona y de monte en monte y por caminos escabrosos, siempre en peligro de caer en manos de los liberales, atravesando los Pirineos llegué a Francia; y esto, gracias a Dios y a las gentes piadosas que me atendían y protegían.

Llegado a Bayona, me presenté al Rmo. P. Solchaga, Ministro General de los Capuchinos de todas las provincias de España, desterrado por la Corte de Madrid. El bondadoso Padre me recibió con mucha caridad. Le manifesté mi proyecto, pero el Rmo. no atreviéndose a dejarme partir a Italia en lo más riguroso del invierno (era el mes de diciembre) me dio la bendición para Tolouse de Francia. Allí encontré a un Padre Lector de la provincia de Cataluña con sus estudiantes.

Después de permanencia de dos o tres meses en esta ciudad, recibí una obediencia del Rmo. Padre en la que me ordenaba encaminarme a Dax, donde encontré al P. Vicario de nuestro convento de Pamplona y a un hermano del mismo convento. Pero mi duración fue breve.

El Duque de Angulema al frente de un poderoso ejército, enviado por su tío el Rey Luis XVIII, entró en España para librar al país de la desdichada Constitución; al abrigo de este ejército partimos los tres. En Bayona tuvimos el consuelo de hallar al Rmo. Padre que se disponía a entrar igualmente en España.

Informado mi R. P. Provincial de mi vuelta a la provincia, me ordenó trasladarme al convento de Los Arcos para finalizar mis estudios. El convento de Pamplona había sido incendiado por los liberales.

Terminado el último año de teología<sup>7</sup> me enviaron al convento de Cintruénig, casa de noviciado, y poco después al de Vera. Allí gozamos algunos días de una paz envidiable pero de corta duración.

### III. CAPELLAN MILITAR

Cuando en 1830 subió Luis Felipe al trono de Francia, se propuso renovar la revolución en España, y para lograrlo solicitó la ayuda necesaria de los españoles exilados en Francia y además la del rey Fernando VII y la de los numerosos aventureros de otras naciones. Estos hijos de la revolución, bien armados y con un plan bien urdido, proyectaron entrar en España por los diferentes pasos de la frontera, principalmente por el lado de Vera.

En el convento hacía días que estábamos muy intranquilos, y el Padre Guardián más que todos. El Padre Provincial le había escrito una carta en la que le decía: «Salvad a los religiosos, poco importa que el convento se pierda».

Tuvimos que huir. Nuestra salida del convento fue precipitada porque los revolucionarios avanzaban hacia la villa. Nosotros pasamos cerca de un viejo castillo guardado por unos doscientos aduaneros, que en España se les llama carabineros. Estos con sus jefes comenzaron a gritar: ¡«Padres, Padres, tened piedad de nosotros! El enemigo viene a combatirnos. Es de creer que tendremos heridos y que morirán sin confesión por falta de sacerdote».

Ante estos gritos tan penetrantes, mi alma se conmovió, y tomé la decisión, que quizá parezca temeraria según la carne, pero muy conforme con las máximas del Evangelio. Le dije a mi Padre Guardián: «R. P. dadme permiso, si os agrada, para encerrarme en este castillo con estas pobres gentes». El buen Padre Guardián me respondió en el acto: «Si os sentís con valor suficiente, P. Guillermo, haced lo que queráis, tenéis mi bendición; todos nosotros nos vamos al monte».

<sup>7</sup> P. CIÁURRIZ, *Capuchinos ilustres*, p. 411. El P. Guillermo fue ordenado de sacerdote el 13 de marzo de 1824.

Me presenté en la puerta del cuartel; los carabineros se sintieron consolados al verme entre ellos, principalmente el jefe y los oficiales. ¡Qué contraste! Un capuchino en un cuartel! ¡Su hábito junto al uniforme! ¡El crucifijo sobre mi pecho al lado de las armas de guerra!

Seguramente que los revolucionarios y muchas gentes del mundo habrían dicho: «¡Este Padre se ha vuelto loco! ¡Qué insensatez, encerrarse con los soldados en ese viejo castillo, con peligro de dejarse degollar!». Pero en lo íntimo de mi alma me reía de toda consideración humana. Me decía a mí mismo: «¡Ante todo la caridad! ¡También los soldados son hijos de Dios, rescatados con la preciosa sangre de Jesucristo!».

Horas después de mi entrada en el cuartel, el jefe revolucionario envió un parlamentario intimándonos entregar sin resistencia el castillo con toda la guarnición. Ante la negativa de nuestro jefe, comenzó el ataque. La acción fue corta y los revolucionarios tuvieron que retirarse. Pero la tregua no duró mucho.

A los cuatro o cinco días volvieron los enemigos con una infantería más numerosa y ochenta lanceros a caballo.

Nuestros pobres carabineros que no recibieron refuerzo alguno, se atemorizaron. El desconcierto cundió en sus filas. ¡Qué situación la mía! La puerta del cuartel fue abierta no sé por quién, y todos huyeron a la desbandada... El jefe y los oficiales se cansaron de gritar: «Orden, orden!». Pero trabajo inútil, cada uno corrió por su parte.

También yo, al ver este desorden, me decido a abandonar el castillo, huyo para llegar al puente de un río bastante ancho, pero no me atrevo a avanzar por temor a la caballería enemiga que se acerca; vuelvo atrás, todo azorado entro en el río, pero apenas he dado algunos pasos, caigo y me hundo en el agua! Me resigno a morir... Pero no. Dios me salva de este peligro; salgo del río con el hábito todo empapado.

En tan triste estado, me oculto en los arbustos de un islote. Pero no puedo permanecer ahí por largo tiempo, porque hay que salir y atravesar la otra mitad del río. ¡Nueva calamidad! Como mi hábito está todo mojado, pesa como el plomo y me hundo nuevamente en el agua. También ahora el bondadoso Dios me salva providencialmente y alcanzo la orilla.

En este lastimoso estado, me dirijo a un lugarejo, a la casa de una devota señora, devota de los capuchinos. Aquí tengo que desprenderme del hábito y meterme en la cama hasta que se seque el hábito.

Mientras tanto me entero de que los revolucionarios no avanzan. Se han acuartelado en Vera en el castillo que abandonamos nosotros. Habían creído que la revolución estallaría en toda España; pero se equivocaban.

Navarra y las provincias vascas tomaron las armas y salieron al encuentro de los revolucionarios. Fernando VII envió las tropas más fieles.

Llegaron a Vera los regimientos realistas; se entabló una escaramuza en la que hubo muertos y heridos por ambos bandos. Pero los revolucionarios rodeados por todas partes, lograron pasar a Francia. Así fracasó la revolución, pero desgraciadamente por poco tiempo. Volverá a esta desgraciada España y será fuente de muchas lágrimas.

#### IV. BAJO MARIA CRISTINA

Tres o cuatro años después del triunfo de la legitimidad, aconteció la muerte de Fernando VII. Su esposa, la famosa Cristina, se puso al frente de la revolución. Comenzó suprimiendo las comunidades religiosas. Su decreto se ejecutó en todas partes menos en las comarcas fieles a Don Carlos.

Bajo el gobierno de Cristina estallaron en España incontables calamidades, entre las cuales sólo indico la célebre matanza de Madrid, cuyo recuerdo estremece, en la que fueron asesinados 77 religiosos y 13 heridos, de las Ordenes de Jesuítas, Dominicos, Obervantes y de la Merced para la redención de los cautivos.

Se ve claramente la funesta actuación del gobierno de Cristina, la liberal, y el buen pueblo español se convenció del derecho de Don Carlos a la corona de España<sup>8</sup>. La guerra estalló en toda España, principalmente en Navarra, en las provincias vascas, en Cataluña, y algo más tarde en el Bajo Aragón.

Nuestro convento de Vera fue enteramente quemado por Rodil, general del ejército de Cristina. Nuestra comunidad fue dispersada. Pero es preciso que cuente lo que aconteció en nuestro convenio antes de la desbandada.

Días antes de la llegada de los liberales a Vera, nuestro P. Guardián<sup>9</sup> que era un digno religioso, pero muy miedoso, me dijo que no podía quedarse en el convento. Temeroso de los liberales iba a ausentarse durante algunos días. ¡Triste situación la mía! Como Vicario y presidente del convento, debía preocuparme de la pobre comunidad en circunstancias bien difíciles. Rodil, al frente de una poderosa columna, se hallaba a cuatro o cinco leguas de Vera. Todos estábamos muy alarmados; yo más que todos.

<sup>8</sup> El P. CIÁURRIZ, en *Capuchinos ilustres*, p 459, afirma que el P. Guillermo era un carlista muy fino.

<sup>9</sup> Era el P. Gregorio de Tolosa (Juan Gregorio Uyerte). Tomó el hábito en Vera el 12 de marzo de 1803. Fue lector de artes en 1827, de Teología en el convento de Pamplona; guardián de Vera en 1833. Murió en 1855 atacado del cólera morbo. NT.



Un día <sup>10</sup> a fin de no vernos sorprendidos por nuestros enemigos, encomendé a unos hombres de mi confianza, bien pagados, la vigilancia y los coloqué en sitios diferentes para observar los movimientos del general de los liberales. Además advertí al cocinero y a todos los religiosos que la comida sería a las diez, porque presentí una gran desgracia.

Apenas nos habíamos sentado a la mesa, a la hora indicada, cuando se oyeron en la puerta del convento repetidos golpes. Salí corriendo del comedor y he aquí que uno de mis hombres me dice: «Padre Vicario, llegan los liberales». Volví al comedor gritando: «Los liberales, hermanos míos, los liberales». Ante esta espantosa noticia, corrieron a sus habitaciones a tomar las pequeñas maletas preparadas de antemano.

Ante este triste espectáculo no sabía qué hacer. Todos se apresuraron a huir, pero yo no podía abandonar el convento, dejando en él el Santísimo Sacramento.

Adivináis mi angustia. No se si fue Dios o el miedo quien me inspiró. Llamé a un hermano y le dije que me acompañara. Tomé la llave del Sagrario y consumí todas las formas que contenía el copón. Después acompañado del mismo hermano, partí precipitadamente al monte antes de la llegada de los liberales. Lo conseguí gracias a Dios.

Yo encontraba multitud de hombres, mujeres y sacerdotes. Pasamos el día y la noche en campo raso. Por la mañana, muy temprano, subieron algunos hombres a una colina que dominaba casi todo el país, y qué espectáculo tan desconsolador presenciaron sus ojos. Una espesa humareda negra ascendía hasta las nubes por la parte de Vera; nuestro convento ardía completamente...!

Consumado este sacrilegio, la columna de Rodil se alejó sembrando a su paso la destrucción.

Al verme sin convento, con todos los religiosos de la comunidad dispersos, rodeado de peligros, tomé el acuerdo de recurrir a Sagastibelza (natural de Leiza), jefe de un batallón carlista, que fue después general; fui su capellán y su compañero inseparable de mesa y de casa.

Paso en silencio los horrores de esta guerra fratricida cuyo recuerdo todavía me estremece. Diré únicamente que he asistido a muchos combates, siempre vestido de mi santo hábito, sin otras armas que la fe cristiana y el crucifijo en el pecho. El divino Señor, me libró una vez más de una muerte segura ". En uno de estos combates, mi caballo recibió dos balazos, y tuve

10 El 3 ó 4 de septiembre de 1834.

11 Félix LICHNOSKI en *Recuerdos de la guerra carlista*, p. 68, dice: "Todos los carlistas se acuerdan de Fr. Guillermo, en Andoain, yendo al fuego con su capucha; del P. Ramón (de Murieta?) que fue herido gravemente en Oriamendi, en un brazo. NT.

que tomar en el campo otra cabalgadura. Otra vez mi pobre hábito fue atravesado por una bala de fusil; por eso nuestros soldados y la gente sencilla decía, bromeando, que el hábito del capellán capuchino del general Sagastibelza rechazaba las balas<sup>12</sup>.

Acabada la guerra por la traición de Maroto, general en jefe de nuestro ejército, triunfó la revolución en España. Nosotros nos refugiamos en Francia, como también nuestro muy amado Rey Carlos V, en el mes de septiembre de 1839, después de 19 años de guerra de religión. ¡Respetemos los designios de la Providencia!

Me establecí en Bayona. Pero un día al salir de la catedral, después del sacrificio de la Misa, fui detenido por la policía del viejo rey Luis Felipe y encerrado en la prisión. Permanecí cuatro días como si hubiera sido un malhechor. Estuve muy contento, como lo estoy ahora, porque era inocente, y es glorioso sufrir por la religión.

Después de haber gustado los perfumes de la cárcel de Bayona, el subprefecto me entregó un pasaporte para el departamento del Orne. Fui escoltado por dos gendarmes durante parte de mi viaje, indicándome el itinerario que debía seguir rigurosamente hasta mi destino.

A mi salida de la prisión de Bayona, cuando emprendía la ruta hacia Normandía, todos mis amigos y la mayoría de sus habitantes se compadecieron de mí y no pudieron menos de censurar a la autoridad orleanista. ¡Pero qué verdad es que los juicios de Dios son muy diferentes de los de los hombres! La Divina Providencia me condujo a la ciudad de Alençon para enviarme de allí a un convento de Bélgica. Por una contingencia feliz, supe que había un convento de capuchinos en la ciudad de Brujas<sup>13</sup>. «El cielo me es propicio, exclamé, Dios me llama a ese convento. Hay que marchar a él». Escribí al R. P. Superior de la comunidad, apelando a su caridad fraterna que me recibiera.

Recibí respuesta favorable, y me encaminé a esta querida Bélgica, a donde llegué, según creo, en el mes de mayo de 1841.

12 En la lucha violentísima en S. Sebastián contra los ingleses que ayudaban a los cristianos, el Brigadier Sagastibelza que mandaba el primero y quinto de Guipúzcoa recibió un balazo en la cabeza y murió en brazos del P. Guillermo, cuando era conducido a Hernani. NT.

13 En 1838, los capuchinos de Brujas habían tratado con el P. José de Mataré capuchino catalán en Toulouse, para conseguir un lector y un superior de esta provincia, pero el asunto no tuvo éxito. Pero no fue en Toulouse donde el P. Ugar se enteró de la existencia del convento de Brujas; fue informado por un hermano de las Escuelas cristianas, originario de Bélgica, pero residente en Alençon. (CIAURRIZ. *Capuchinos Ilustres*, p. 417.)

## V. MISIONERO EN AMERICA

Después de un año de permanencia en el convento de Brujas, recibí la obediencia de nuestro Rmo. P. General, Eugenio de Rumillano, para las misiones de América del Sur en la República de Venezuela. Podía embarcarme en Marsella o en Burdeos, donde hallaría otros misioneros capuchinos españoles con el mismo destino. Esta obediencia me contentó en extremo, pues siempre había deseado ser misionero. Me dirigí, pues a Burdeos, donde encontré a cinco PP. Capuchinos que acababan de llegar de su patria. Se encaminaban a Venezuela no en calidad de misioneros, sino porque el gobierno español perseguía al clero.

Me embarqué en Burdeos a principios de junio del mismo año (1842) y después de una feliz travesía de 40 días, desembarcamos en el puerto de La Guaira<sup>14</sup>, un día después de la llegada de los otros PP. Capuchinos destinados a las misiones de Venezuela. Estos habían embarcado en Marsella, venidos en su mayoría de los conventos de Italia.

Después de haber descansado tres o cuatro días, pasé a Caracas, capital de la República. Días después de mi venida, me vi acometido de un angustioso mal que afligía al país, causando muchas víctimas. Este mal se llama *Pujos*, y consiste en una disentería acompañada de fuertes dolores. Afortunadamente, estaba yo alojado en casa del Magistral de la Catedral<sup>15</sup> que me cuidó muy bien.

Una vez restablecido, pasé en un principio a una misión muy vasta que tenía más de doce mil habitantes<sup>16</sup>; de allí me encaminé a los indios salvajes que van completamente desnudos en la región del Orinoco<sup>17</sup>. Era un país malsano, en medio de una espantosa soledad, cerca del Río Negro.

Mi compañero, un Padre Dominicó español<sup>18</sup>, uno de mis amigos más íntimos, cayó peligrosamente enfermo y se vio obligado a dejar este lugar. También yo debía haberme retirado, pero como me habían confiado la dirección de esta misión, llamada del Apure, quería permanecer en ella definitivamente. Desgraciadamente el gobierno no me envió los socorros necesarios para la reducción de los indígenas y la manutención de los misioneros. Acudí muchas veces a las autoridades, pero fue inútil. El gobierno nos había miserablemente engañado.

14 Hay aquí una ligera diferencia con los datos del P. CIÁURRIZ, según éste, el P. Guillermo desembarcó el 16 de junio de 1842, después de una travesía de solo 33 días.

15 Se llamaba el Sr. Díaz.

16 Cf. CIÁURRIZ, *Capuchinos Ilustres*, p. 424. Se llamaba San Francisco de los Tiznados.

17 Cf. CIÁURRIZ. O. C, p. 427. Era la Misión de Caribén.

18 El P. Ignacio Fernández, CIÁURRIZ, O. C, 427.

Habiendo abandonado mi compañero la misión, me quedé yo solo sin medio alguno de subsistencia. Un poco de arroz y un poco de café que yo había traído a la misión, era todo mi alimento.

Un día me aconteció algo verdaderamente curioso que quiero contarlo: Había en esta región un viejo indio, casado, civilizado, pero pobre.

Este buen hombre había matado una vaca para salarla y así alimentarse él y su familia. Me dio un gran trozo y yo estaba contento con semejante regalo. Mi criado que era muy bueno, pero muy tosco e ignorante, dejó la vianda en la cocina, que formaba parte de una pequeña cabaña, hecha de ramas y abierta a todos los vientos. El indio se marchó, no se a dónde; al volver a la mañana del día siguiente, la vianda había desaparecido. Antes del mediodía salí a contemplar el campo y presencié un espectáculo agradable; una multitud de cuervos se acometían furiosamente. Me preguntaba cuál sería la causa que les empujaba y me propuse averiguarla. ¡Cuál no sería mi sorpresa al constatar que los bellacos cuervos estaban a punto de acabar con el trozo robado! ¡Pobre Guillermo, reducido a la miseria como antes!

Ved ahora un accidente más grave que el de los cuervos. Un día que salí de paseo, llevando un bastón en la mano, observé a dos pasos de mí, en la yerba, una cosa oscura que no pude distinguirla prontamente. Como la vista la tuve siempre muy corta, la curiosidad me incitó a tocar con el bastón el objeto. ¡Ay de mí! Era una serpiente dormida que se desenroscó rápidamente. Retrocedí lleno de espanto, pero, animándome, me volví contra el animal que se había lanzado contra mí, y le rompí la espina dorsal con un fuerte golpe de mi bastón. Esta serpiente se llama *Mapanaré*, la peor especie del país.

Más tarde caí enfermo y muy enfermo; me restablecí, pero no del todo. Al encontrarme solo y sin auxilio humano, tomé una barca para dirigirme a San Fernando, capital del Apure. El cura, que era español, me recibió con mucha caridad.

Omito muchas otras miserias y privaciones sufridas en este país. Después de haber pasado algún tiempo en casa del cura de San Fernando, emprendí el camino con mi compañero enfermo; nos encaminamos a Caracas... Aquí murió como un santo, después de haber sufrido mucho.

Poco después fui nuevamente afligido por el mal que me había afectado a mi llegada a Caracas; la enfermedad fue larga y más larga todavía mi convalecencia. Los médicos me aconsejaron abandonar el país y volver a Europa, asegurándome que una vez pasado el trópico, desaparecería la enfermedad. Así aconteció.

Me embarqué en el puerto de La Guaira, y tras una travesía feliz de más de 40 días, llegué a Burdeos con buena salud, gracias a Dios<sup>19</sup>.

De Burdeos pasé al convento de Marsella, pero el clima me sentó muy mal. Me dirigí a Toulouse, donde la salud mejoró notablemente, pero el Comisario de esta ciudad me ordenó quitarme el hábito. Al verme en medio del mundo sin convento y despojado del hábito, me volví a América. Embarcándome en Burdeos, llegué al puerto de La Guaira en no sé cuantos días.

Sin detenerme apenas en esta ciudad, me encaminé a Caracas, donde encontré a algunos de mis hermanos, pero no a todos los que yo había dejado a mi partida; la muerte había hecho sus víctimas.

Poco después de mi llegada, me dirigí a mi primera misión de San Francisco de Tiznados. Más tarde, me asaltó la misma enfermedad, pero más violentamente que la vez primera. Me retiré a Caracas y el señor Arzobispo me colocó en su seminario, con los títulos de vice-rector y director espiritual.

Viéndome invadido por tan triste enfermedad y habiendo perdido al R. P. Superior, me vi obligado a abandonar por segunda vez y para siempre a Venezuela, después de haber permanecido en ella ocho años. Me embarqué en La Guaira y llegué a Burdeos después de haber sufrido tres espantosas tempestades en seis días.

## VI. EN EUROPA

De Burdeos partí para España, esperando encontrar en ella a mi antiguo P. Provincial. Vestí el traje civil, y sólo estuve catorce o quince días, volviendo nuevamente a Francia.

Meses más tarde, me dirigí al convento de Brujas (1851). El Guardián se llamaba P. Serafín de Brujas; el custodio provincial M. R. P. Bernardino de Uden. Más tarde me enteré en el convento de Enghien que un Padre español de mi antigua provincia, había obtenido un rescrito del Soberano Pontífice y el consentimiento de nuestro Rmo. P. General para fundar un convento cerca de la frontera española, pero se hallaba sin personal. Este custodio provincial, al volver del capítulo general celebrado en Roma (1853) me comunicó que el P. General le había concedido autorización, si yo lo deseaba, para adherirme a la nueva fundación. Acepté su invitación y su autorización y abandoné Bélgica.

En un lugarejo francés, cerca de Bayona, encontré únicamente al Padre fundador y a un antiguo hermano lego, instalados en una casita alquilada al

19 La travesía duró 52 días, llegando a Burdeos el 29 de julio de 1845.

Obispo de Bayona. Aun no se sabía entonces dónde se edificaría el proyectado convento. ¡Qué decepción la mía! Sin embargo permanecí allí 18 meses.

Entre tanto los carlistas comenzaron a agitarse, para promover una contrarrevolución. El cónsul español de Bayona me envió a decir que me retirara al interior de Francia, al menos a la altura de Burdeos, de lo contrario vendrían las amenazas.

Un mes pasé en Burdeos, y nuevamente hice diligencias para ser admitido una vez más en Bélgica. El M. R. P. Pedro de Hooge, que entonces era Vicario Provincial, tuvo la bondad de recibirme. Vedme, pues, por tercera vez en este país; después de residir algún tiempo en el convento de Hazebrouk, pasé al de Enghien<sup>20</sup>.

¿Será este el último de los viajes que yo he hecho por tierra y por mar? Así lo espero. ¿Ahora viviré tranquilamente en esta querida Bélgica?

¡Pero no! Oigo una voz que me dice: «¡Hay que peregrinar todavía! ¡Hay que partir hasta los confines de Francia, al lugar donde fui encerrado en la cárcel...!»

En 1863 recibí la obediencia de nuestro Rmo. P. General para dirigirme como Guardián al convento de Bayona. En 1868 el mismo P. General, Nicolás de San Juan, me envió al convento del Pardo, cerca de Madrid, donde se habían reunido algunos Padres y Hermanos. Estábamos muy bien. El Guardián era el R. P. Serafín de Los Arcos, y yo ejercía el cargo de Vicario y maestro de novicios, teníamos una quincena y muchos postulantes<sup>21</sup>.

Me consideraba más feliz que nunca, y esperaba poder pasar los últimos días de mi ancianidad en España. Pero ¡ay! era preciso emprender un largo viaje!

Al fin de un mes de residencia en el convento del Pardo, estalló nuevamente la revolución en Madrid; creo que era el 28 de septiembre de 1868<sup>22</sup>. Todo se había perdido para los religiosos que se habían instalado en el convento; era preciso abandonarlo y dejar España, si se deseaba vivir como religioso y conservar el hábito. Yo opté por esto último.

Apoyado en la obediencia de nuestro Rmo. P. General, recibida en el convento de París, volví por cuarta vez a Bélgica, a los caritativos PP. Capuchinos de esta provincia. El M. R. P. Provincial, Fr. Celestino tuvo la amabilidad y caridad de recibirme. ¡Que Dios sea bendito!»

20 El P. Guillermo abandonó Hazebrouk por Enghien el 12 de julio de 1855.

21 El P. Serafín de Los Arcos (Manuel Antonio Ichaso) ingresó en Cintruénigo el 11 de enero de 1832. En 1876 estaba en la Habana. NT.

22 La revolución tramada por Serrano, Prir. y Topete, que desterró a Isabel II.

Así termina su autobiografía el P. Ugar. Con ella se acabaron las idas y venidas, las andanzas y pesadumbres que le acompañaron a lo largo de su existencia. Hacia el mes de junio de 1879 supo por la prensa y por los religiosos de Bayona, la restauración de algunos conventos nuestros en España.

Escribió al R. P. Francisco de Viana, el último provincial de la Antigua Provincia Capuchina, contestándole dicho Padre con una carta muy consoladora, invitándole a volver a su antigua Provincia.

Ni tardo ni perezoso, llegó el P. Ugar el 22 de julio del 79 al convento de París, el 25 entró en el de Bayona, y el 29 ingresó en el convento de Pamplona.

Después de dos años en el convento de Pamplona, fue trasladado el 16 de septiembre de 1881 al convento de Fuenterrabía donde falleció el 20 de marzo de 1885 a los 85 años de edad y 67 de vida religiosa, edificando hasta en los últimos años de su vida con su vida austera y mortificada.

Fr. Crispín DE RIEZU

